

ARTICULO IV.

Estado del entendimiento humano en Oriente y en Occidente, respecto de las ciencias y de las letras.

El golpe que el fanatismo de Leon Isauro había dado á las ciencias, quemando la biblioteca de Constantinopla, y haciendo morir á los literatos, custodios de este precioso depósito, no era de naturaleza que pudiese curarse sin prontos y poderosos socorros. Hubiera sido necesario para esto, que los soberanos que todo lo pueden, porque abundan de grandes arbitrios, mirasen como una obligación de justicia el reparar el mal que uno de sus predecesores había causado con vergüenza del trono y de la razón. Pero demasiado ocupados en sus intereses, sus placeres, sus guerras y sus maquinaciones, descuidaron de esta obligación como de otras muchas. De este modo desfallecian las ciencias; y algun sabio, contento con vivir y pensar para sí solo, las cultivaba privadamente, era desconocido á su soberano. A pesar de esto, las artes de luxo se buscaban por una nacion voluptuosa y empeñada en refinarse respecto de los deleytes; porque los griegos, aunque habian degenerado totalmente, conservaban aun algo de aquella sensibilidad de sus predecesores, y de aquel gusto ingenioso que produjo entre ellos tantos célebres artistas. Los grandes, los ricos, todos los que querian procurarse placeres singulares fomentaban esta especie de industria. El emperador Teófilo, que amabá la música, la pintura y las máquinas, animó á los que eran capaces de sobresalir en estas artes. Entre las vanidades que habia adquirido se habla particularmente de un arbol de oro, cuyas ramas estaban pobladas de un gran número de páxaros figurados, que por el juego de ciertos muelles ocultos cantaban varios tonos armoniosos, cuyo conjunto producía un concierto en que se guardaban la medida y la variedad de las partes. Sin embargo de esto, el mismo Teófilo, que sabia premiar las producciones de los genios inventores segun su mérito, ignoraba que hubiese en sus estados un filósofo, un verdadero sabio, capaz de ilustrar á los hombres: pues fué necesario que el califa

Al-Mamon le pidiese al sabio Leon para hacer que le conociese. Así es como el gusto de ciertas artes, cuyas obras no tienen otro mérito que el de superar las dificultades, puede conservarse en un pueblo frívolo y fanático, al mismo tiempo que los conocimientos útiles, que se dirigen á perfeccionar la razón, no se cultivan sino floxamente.

El César Bardas, que gobernó el imperio como ministro absoluto, baxo el nombre de Miguel III, su sobrino, después de haber separado de los negocios á la emperatriz Teodora, entre los vicios de un alma vil, y de un corazón corrompido, tuvo la buena calidad de amar las letras, y proteger á los sabios. Sin duda fué deudor de un gusto tan loable á su trato con el célebre Focio, cuyos intereses y designios se habian hecho comunes después que la ambicion los reunió. Sea lo que fuere, Bardas empleó su poder en excitar los progresos de las ciencias y las artes. Feliz si siempre se hubiera servido de él de un modo tan glorioso para sí, como útil para la sociedad! Se vieron, pues, en Constantinopla nuevas escuelas, y profesores escogidos para enseñar en ellas las ciencias y las bellas artes. El ejercicio de aquellos, á quienes estos cargos se confiaron, se hizo honroso por las distinciones que se les dispensaron, y lucrativo por las recompensas que tuvo. El nombre de sabio empezó á sacar de la obscuridad á los que le habian adquirido por sus tareas y sus desvelos. El camino de los honores y de la fortuna se abrió para el talento. Focio y otros muchos lo acreditaron. El estado de un ciudadano, dedicado á la enseñanza, nada tuvo que pudiese mortificar el amor propio, y el famoso patriarca que acabamos de citar no tuvo rubor de buscar después de su caída recursos necesarios para su subsistencia. Leon Tesalónico, buscado, como hemos dicho, por el califa de Bagdad, vivía de enseñar.

Baxo Leon el filósofo las ciencias y las letras adquirieron nuevo esplendor. Este principe les sentó consigo sobre el trono imperial; y si el desatreglo de sus costumbres sirvió de contraste al título de sabio que se le dió, á lo ménos le mereció por sus nociones y talento. Había Leon hecho un particular estudio de los buenos escritores de la antigüedad. Sabía los primores de su lengua, y la hablaba con pureza. La compilacion de las antiguas

leyes que se hizo por su mandado, y el nuevo código que publicó, hacen honor á su memoria. Fué este código el cuerpo de legislación que despues los griegos han seguido siempre. Debían florecer las ciencias en Constantinopla y en el imperio baxo sus auspicios. Sin embargo, los monumentos de literatura que nos restan de este reinado y del precedente, no corresponden á las ideas de la verdadera belleza que se halla entre los antiguos. Se les estudiaba mucho, todos se proponían imitarlos; pero estas imitaciones eran débiles, sin calor y sin alma, careciendo de las bellezas sublimes ó patéticas de los modelos. Así en esta época estaban los entendimientos humanos, respecto de las ciencias, en aquel estado mediocre que separa las tinieblas de las luces, y que participa de unas y otras.

En los primeros tiempos del islamismo había sido la ignorancia el patrimonio de los sectarios de Mahometo, y aun una de sus virtudes, y la obligación que les imponía, se cumplió con religiosa fidelidad. A una credulidad ciega se reducían todos sus conocimientos. El arte de la guerra era el único que se les permitía cultivar, porque adiestrándose por este medio, se adelantaban hácia la ejecución del gran designio de su profeta de someter todo el mundo á su religion y á su imperio. Los buenos musulmanes estaban tan convencidos de que no se podía ser un verdadero creyente, no limitando todos sus estudios al del Alcoran, que quando Ali-Raschid traxo las ciencias y los sabios cerca de su persona, fué un escándalo de que murmuraron todos. Este mismo príncipe, á pesar de su amor á las letras, y de su gran deseo de saber, no pudo libertarse de una preocupación que tenía tanta mas fuerza, quanto se fundaba en la religion: se encerraba con los sabios que vivían en su corte para huir de los ojos de los profanos, no porque quisiese cerrar á los demas las fuentes del saber, reservando para sí solo un tesoro que no se disminuía haciendo participar de él á los otros, sino porque temía armar un lazo á la simplicidad de los fieles, á quienes su exemplo hubiera podido ser peligroso. También temía sin duda las quejas siempre amargas, y muchas veces contagiosas de los devotos.

Al-Mamon su hijo, criado en el seno de las letras, y dotado de todos los talentos que hacen cultivarlas con buena

súceso, no fué á propósito para sujetarse á las ideas que habían obligado á su padre á encerrar las ciencias en el palacio imperial. Estableció escuelas públicas, academias con sus maestros, y directores capaces de corresponder á sus deseos. Las dotó con rentas considerables, queriendo que estuviesen abiertas para todos aquellos que el deseo de perfeccionar la razon conduxese á ellas. Sabía, que trabajar en ilustrar á sus vasallos, era ocuparse en su felicidad. Los doctores musulmanes, los sectarios zelosos del Alcoran, y sus discípulos lamentaban entre sí una conducta, que segun ellos se dirigía á trastornar la piedad. Pero como un gran príncipe impresiona siempre por su talento, y contiene á todos los órdenes en la dependencia, Al-Mamon que no ignoraba esta murmuración, la despreció y continuó derramando sus beneficios sobre los ingenios. La diversidad de religion no era un obstáculo para su estimación y favor. Habiendo oido hablar del mérito y vastos conocimientos de Leon, arzobispo de Tesalónica, que vivía desconocido en Constantinopla de lo que ganaba enseñando, se lo pidió á Teófilo. Avergonzado este emperador de haber sabido por el príncipe musulman que poseía un tesoro de que hasta entonces no había acertado á aprovecharse, resolvió guardarle para sí y hacerle útil. Pero resentido el califa de una repulsa que no esperaba, se armó para vengarse, y declaró la guerra al príncipe griego. Esta vez acaso es la única en que se ha visto á dos soberanos tomar las armas para disputarse la posesión de un sabio.

Los sucesores de Al-Mamon, aunque no tenían su gusto para las artes, ni sus luces, no dexaron de sostener los establecimientos que había formado en beneficio de las letras. Entre las ciencias la astronomía, la geometría, la medicina y la química fueron el principal estudio de los árabes. En las otras facultades se ceñían á traducir y comentar las obras de los antiguos. Entre las artes agradables cultivaron con buen suceso la poesía y la música; pero sus preocupaciones religiosas, y el horror que tenían á la idolatría, no les permitió dedicarse á la pintura y escultura. Miraban á estas como artes profanas y sacrílegas, que enseñan á los hombres á representar la divinidad baxo formas sensibles.

Los miramamolines ó califas de España convidaron también á las ciencias y las artes á establecerse en aquella parte del imperio musulmano. La magnificencia, la galantería

y los placeres reynaban en su corte, y daban movimiento á las artes que contribuyen al regalo y delicias de la vida. Abderramen II., que subió al trono en 822, fué el protector de las ciencias y el amigo de los sabios. Amaba la filosofía, la poesía y la música: hizo de ellas su diversion; y para descansar de los negocios, pasaba todos los dias algun tiempo en compañía de los literatos que habia atraído cerca de sí con su generosidad.

Para dar al lector una idea exácta del estado de las ciencias y las letras en Occidente durante el siglo nono, debemos volver á algunos sucesos que el orden de las cosas, preferible al de los tiempos, nos ha hecho dexar para este lugar. Recuérdese lo que hemos dicho sobre la barbarie del siglo precedente, ántes que Carlo Magno hiciese brillar la luz que iluminó á la Francia y todo el Occidente durante su reynado. Quando tomó las riendas del gobierno, todas las provincias que formaban el vasto reyno de que iba á ser soberano, estaban cubiertas de las mas espesas tinieblas. Pepino no habia pensado sino en asegurarse el trono, que le habia adquirido su política, favorecida de las circunstancias, y creyó haber puesto la última mano á su obra, asegurando la corona en su familia. Tocaba á su sucesor, para ser digno de poseer herencia tan brillante, hacer lo que restaba, dando luces, conocimientos y emulacion á los franceses que encontraba fieles y sumisos. Este fué tambien el primer cuidado de Carlo Magno. Pero ántes de emprenderlo, ántes de comenzar la difícil y gloriosa empresa de ilustrar su nacion, quiso salir él mismo de las tinieblas en que habia pasado los 30 primeros años de su vida. La actividad con que este príncipe, en medio de los inmensos cuidados de la soberanía, se sujetó á estudiar los elementos de las ciencias, y destruir el gusto de las primeras naciones, es tal vez lo mas grande que ha hecho. Es á lo ménos una prueba bien evidente del vivo ardor, y aun podía decirse, de la pasión violenta que tenia de saber. Alcuino y Pedro de Pisa fueron sus guías en una carrera tan penosa para todos los que la emprenden, y tan nueva para él. Apenas dió los primeros pasos, quando sorprendió á sus maestros por las nuevas ideas que se le ofrecían sobre la mayor parte de los objetos á que se aplicaba. Así es como el ingenio, don raro y precioso, que la naturaleza solo dispensa á aquellos que han nacido para ser sabios, ha-

ce que estos comprehendan fácilmente lo que los demas no consiguen sino á costa de fatigas. Carlos, animado de este fuego que podemos llamar divino, calificándole por sus efectos, pasó rápidamente de una ignorancia casi absoluta, á los conocimientos para en aquel tiempo profundos de todas las ciencias que la literatura abrazaba entónces. Nada tuvieron inaccesible para él, y su penetracion le puso bien presto en estado de disertar con los mas hábiles. Les comunicaba su parecer para perfeccionar cada ramo. Este era el último esfuerzo de la razon en un tiempo en que el velo que le ocultaba la luz apenas se habia corrido. El espíritu de analizar que sube á los primeros principios, no habia aun enseñado á los hombres á reflexionar el sistema de los conocimientos humanos en su conjunto y en sus relaciones.

Se vió erigir dentro de palacio una escuela, cuya direccion se confirió á hombres de un mérito generalmente apreciado, es decir, lo escogido de los sabios. Habia formado Carlos esta institucion en favor de su familia y de los caballeros jóvenes empleados en su servicio. Se ha pretendido, pero falsamente, que esta escuela; célebre por largo tiempo en Francia, habia sido el origen de la universidad de París, la primera del mundo, segun el orden de los tiempos, y la mas distinguida por los grandes hombres que en todos ramos ha producido. Aunque no se le pueda asegurar época fixa ántes del siglo undécimo, se podrá conjeturar que la escuela particular, erigida en París durante el noveno por el monge Remigio, que habia salido del monasterio de san German de Auxerre, fué la semilla de que se vió producirse aquel cuerpo académico, cuya celebridad no ha hecho sino aumentarse hasta nuestros dias.

Ademas de la escuela de palacio, abrió Carlo Magno en sus estados otros dos manantiales de instruccion. El uno para los que se proponian seguir toda la carrera de las ciencias; el otro para la enseñanza de los niños del baxo pueblo de las ciudades y aldeas. La primera especie de escuelas estaba en las catedrales y abadías. Se enseñaban en ellas todas las facultades, principalmente la gramática, la aritmética, la astronomía, la dialéctica, &c. Las otras ménos distinguidas, aunque de un uso mas comun y mas interesante para la nacion, se ceñian á los elementos de la lectura, de la escritura y de la aritmética.

Con establecimientos tan numerosos y tan sabiamente combinados, debian llegar las ciencias y las letras al estado mas floreciente. Pero hubiera sido menester para esto que el entendimiento humano se hallase con aquellas felices disposiciones que resultan de una multitud de causas que la naturaleza sola puede unir y hacer obrar. Así el zelo de Carlo Magno por el progreso de las ciencias, los beneficios que derramó sobre los hombres de mérito, y los medios de que se valió para excitar la emulacion, no sirvieron sino para reanimar por poco tiempo el gusto de los estudios. Fué esta una luz brillante, pero pasajera, tal como las que se elevan en aquellos climas cubiertos ordinariamente de nubes y de nieblas.

Apénas habia muerto el monarca á quien la literatura debió esta gloria, eclipsada tan prontamente, quando el soberbio edificio que habia levantado se abatió, sin esperar los rigores del tiempo. Ludovico Pio, Carlos el Calvo, Luis el Tartamudo y sus sucesores, príncipes débiles, limitados, sin espíritu, sin gusto por las grandes empresas, y por otra parte embarazados con guerras extrangeras y domésticas, que solo les hicieron conocer las fatigas y los disgustos del trono, no pudieron dar á las instituciones de Carlo Magno el auxilio que necesitaban para aumentar ó conservar el lustre que de él habian recibido. Se vió, pues, que á poco tiempo retrocedieron los entendimientos hácia el punto de que habian partido á la mitad del siglo octavo, y las letras volvieron á sepultarse en la barbarie, cuyo torrente empezaba á ceder á los esfuerzos del trabajo. Se sumergieron, pues, mas y mas entre los desastres públicos que asolaron á la Francia. Sus asilos fueron profanados ó destruidos por los estragos de los normandos, y las diarias discordias de los señores; efecto inevitable de la feudalidad en todas las provincias del reyno. Esta decadencia de los estudios y de las ciencias fué tan rápida, que al fin del noveno siglo apénas se encontraban en algunas iglesias y monasterios pequeños vestigios de lo que habia hecho á favor de ellas su augusto restaurador cien años ántes. De todas las facultades que se cultivaron en las escuelas en la época de que hablamos, la dialéctica fué la que ménos se resintió de la languidez en que todas las demas habian caído. Continuó en estudiarse, y aun se hicieron progresos en ellas. Sin duda porque tenia mucha relacion con el es-

tudio de la religion, y porque frecüentemente hubo necesidad de su socorro para quitar á los novatores, que entonces se dexaron ver, las armas del sofisma con que se defendian, y desenredar el artificio de los falsos racionios, con los quales se disfrazaba.

Los elogios que daremos á los escritores eclesiásticos de este siglo en el artículo destinado á este objeto no serán contradictorios á lo que acabamos de decir. La mayor parte se habian formado en los felices tiempos de Carlo Magno; y si la antorcha de las ciencias, que volvió á encenderse, espació aun alguna luz despues de él, esto se debió á aquellos hombres educados en las escuelas de literatura que aquel príncipe habia establecido. Por la época de su muerte nos ha parecido justo referirlos al tiempo, cuya historia describimos, aunque por la causa de sus talentos, y manifestacion de sus nociones, perteneciesen al siglo antecedente.

ARTICULO V.

Estado del christianismo en las diversas regiones del mundo durante el noveno siglo.

Fueron los principios del siglo nono tiempos de prueba y de agitacion para la iglesia de Oriente, en donde la heregía de los iconoclastas adormecida, pero no destruida, tenia aun infinitos partidarios. Irene habia refrenado sus furores, y procurado el triunfo de la verdad en el segundo concilio de Nicea, séptimo general; pero la calma que habia restituido á la sociedad christiana, pendiente para decirlo así de la suerte de aquella princesa, se interrumpió casi al momento que perdió el imperio. El fanatismo, inflamado por Leon Isauero, era un fuego oculto, que solo aguardaba para avivar su actividad, y causar los mayores estragos, un soplo activo que le reanimase, y una mano que le diese nuevo pábulo. Uno y otro encontró en los emperadores Nicéforo, Leon el Armenio, Miguel el Tartamudo y Teófilo.

Estos príncipes enemigos de las santas imágenes, ó por mejor decir de todas las verdades, se empeñaron en destruir todo lo que se habia hecho para el restablecimiento de la paz, y consolidar el dogma católico. Leon, que al